

D. BALDOMERO ESPARTERO.

Hay en España un venerable anciano cuyo nombre, pronunciado con respeto por los hombres de todos los partidos, es un glorioso timbre de la historia contemporánea de nuestra patria, y está grabado en todos los corazones liberales. Nombre que produce aun eléctricos efectos; nombre que pasará á la posteridad puro y sin mancha; nombre que la historia ha colocado ya junto á Cincinato y Washington. Hombre extraordinario, de humilde origen, que ha llegado á pisar las gradas del trono sin deber á la intriga ni á la ambición el más mínimo favor. Símbolo intachable de la más severa probidad; ídolo de un pueblo que le adoraba; jefe de un partido poderoso y prepotente, el hijo de un humilde carretero ha alcanzado en su patria los mayores poderes.

Regente de una monarquía poderosa, obtuvo el mayor poder legal; general en jefe, la fuerza; pacificador de España, el respeto, el cariño, la admiración de un pueblo entero; jefe de un partido político, la mayor y más legítima de las influencias.

Este hombre extraordinario es D. Baldomero Espartero.

Una prueba de la justa popularidad de este ilustre hombre, ha sido que al ver vacante el s6lido de Castilla, el nombre del vencedor de Luchana se ha pronunciado por algunos que han pensado en el retirado de Logroño para que ciñese la corona de San Fernando y Carlos V.

Tracemos ahora la gloriosa y conocida vida de esta gloria nacional, y despues haremos reflexiones imparciales sobre la conducta política, carácter y cualidades del duque de la Victoria.

I.

El 27 de Febrero de 1793, cuando en Francia se desarrollaba terrible y magestuosa la revolucion que debia cambiar la faz del universo; cuando un monarca, inocente quizás, expiaba las faltas de sus antecesores; cuando el pueblo francés llevaba la corona de Francia á la guillotina, D. Joaquin Baldomero Espartero era bautizado, pocas horas despues de haber nacido, en el humilde templo de Granátula, pequeño pueblo de la provincia de Ciudad-Real.

Su padre, Antonio Fernandez, era un honrado carretero, y su madre llamada Josefa Alvarez, era tambien de humilde y honrada cuna.

La familia de Espartero fué numerosa y pobre, y risa y vergüenza causa que Espartero, que ha logrado todos los honores y condecoraciones españolas, no haya sido condecorado con ninguna de las cuatro órdenes militares de la antigua España, por no haber podido presentar ciertas pruebas de nobleza. ¡Necias preocupaciones! ¡Debilidades humanas!

Desde la infancia usó nuestro héroe el apellido Espartero en vez del de Fernandez que le correspondia.

Cuando Espartero cumplió doce años, pasó á Almagro, donde empezó sus estudios de filosofia. Pero pobre y sin recursos para adquirir una brillante educación, solo tuvo la que le dió un hermano suyo, ilustrado sacerdote de Santo Domingo en Almagro. Bajo la direccion de su hermano siguió Espartero estudiando, hasta que en 1.º de Noviembre de 1809 se afilió como soldado en el regimiento de infantería de Ciudad-Real, en el que pocos dias despues, y en la memora-

ble batalla de Ocaña, recibió su bautismo de sangre.

El capitán del siglo paseaba en aquel tiempo sus águilas triunfantes por todo el mundo. Desde las Pirámides á Austerlitz, desde Roma á Wagram solo se escuchaban sus victoriosos ecos, y aquel hombre audaz que destruía reinos, derribaba coronas, hacia reyes y se rodeaba de una corte de reyes; que amenazaba convertir la Europa en patrimonio de su familia, debía encontrar en España un insuperable dique al torrencio impetuoso de su ambición, y un descalabro que hiciera vacilar el gigantesco pedestal del héroe del siglo.

Una nación, una provincia bastó para detener la audaz carrera del conquistador de Italia.

Invasada la España por las tropas de Napoleón, el corazón de todos los españoles se conmovió al santo grito de independencia, y la empresa más gigantesca, la lucha más titánica y desigual que registra la historia empezó para honra y gloria de la patria del Cid y de Pelayo.

Espartero, lleno de indignación, de juvenil ardor y de entusiasta amor patrio, dejó su regimiento de Ciudad-Real entrando en el batallón de voluntarios de honor de la Universidad de Toledo, y siguió todas las fases de aquella heroica campaña hasta Sevilla, donde estaba la Junta central; pero ocupada militarmente toda la Andalucía, se retiró con sus compañeros á la isla de León, donde ingresó en la Academia militar.

En 1.º de Enero de 1812 el consejo de Regencia le nombró subteniente de ingenieros, ingresando poco después en el regimiento de infantería de Soria, y después de la rendición de Tortosa volvió á Madrid, donde permaneció hasta la vuelta de Fernando VII.

Con tal monarca al frente de la nación española, Espartero, que sentía latir su corazón á la dulce palabra de libertad, comprendió que su porvenir no estaba en España, y ansiando glorias, pensó en América, donde á la sazón se combatía y eran necesarios hombres del temple del joven Espartero, y se embarcó á bordo de la fragata *Carlota* en dirección á Costafirme.

II.

A principios de Abril de 1815 el ejército expedicionario de que Espartero formaba parte llegó á las costas de Cumaná á las órdenes de Morillo. El regimiento de Estremadura, del que era teniente Espartero, fué destinado al Perú y llegó á Lima, de donde salió á tomar parte activa en las operaciones, siendo al poco

tiempo nombrado capitán, ocupándose en construir los reductos de Laguna, Tarabuco, etc. Incorporado después al regimiento de Ligeros, del que fué nombrado segundo comandante, procuró Espartero justificar con sus actos su rápida carrera, batiéndose valerosamente en Yecla, Mollecitos, Montegrande y Oroncota. A las órdenes del coronel La Hera salvó los restos de una división española refugiada en la fortaleza de Laguna, y allí fué donde solo y á caballo hizo prisionera á una compañía enemiga que estaba de avanzada, sin más armas que su arrojo y serenidad; rasgo que causó el asombro y admiración de sus jefes y compañeros.

Largo sería enumerar los infinitos hechos de armas que en aquella ocasión acometió Espartero, cubriéndose de gloria y empezando á asegurarse un porvenir brillante, siendo ya en el año 1823 brigadier y ayudante general de Estado mayor. Brigadier á la edad de 25 años, cubierto su pecho de honrosas cicatrices y de merecidas condecoraciones, veía Espartero un porvenir lleno de gloria y de ventura, cuando el secretario de Bolívar mandó encerrar á Espartero en un oscuro calabozo, de donde salió al cabo de algún tiempo de crueles sufrimientos, merced á las vivas instancias y protestas de sus amigos y á la amistad de una señora, ángel que vino á abrir al joven brigadier las puertas del porvenir y de la gloria.

De vuelta de América, Espartero permaneció algún tiempo en Burdeos, volviendo en el mes de Mayo de 1826 á Madrid, donde permaneció un solo día. Se sabía que Espartero era liberal, y esto era suficiente entonces para justificar toda clase de persecuciones é injusticias, y para alejarlo de la capital lo trasladaron á Pamplona, donde permaneció dos años. Allí se casó con Doña Jacinta Sicilia, hija de un rico comerciante, y encontró una dulce compañera que, fiel y cariñosa, participó de sus triunfos y adversidades.

IV.

El día 30 de Setiembre de 1833, murió Fernando VII en Madrid, dejando la corona de España á su hija Isabel. El partido liberal se agrupó en torno de la cuna de la niña y el partido absolutista rodeó al infante D. Carlos. La guerra civil estalló en la península.

Las Provincias Vascongadas se levantaron en armas, y Espartero, liberal de corazón, que entonces se hallaba en Mallorca, pidió y obtuvo el honor de tomar

parte en la lucha. En efecto, el 20 de Diciembre de 1833 desembarcaba en el Grao de Valencia, y pocos días despues, derrotaba y fusilaba al cabecilla Magraner en los alrededores de Játiva. Imposible es en los límites de esta biografía narrar todos los hechos históricos, todas las brillantes páginas de gloria de la vida militar de nuestro héroe. La hoja de servicios de Espartero es el más glorioso blason que puede presentar hombre alguno. Su conducta política, su valor personal, su buena fé, su generosidad y su franqueza, vencieron en todos los terrenos una de esas causas cuya fuerza estaba basada en el fanatismo. La venció en campo raso, dentro de murallas, en el corazón de sus mismos partidarios y en el espíritu de toda Europa, acostumbrada á considerar á España como el país clásico del despotismo. En Banderas fué soldado, en Vergara apóstol, redentor en Morella y hombre providencial en Berga.

El abrazo de Vergara terminó la lucha fratricida.

La vida militar del general Espartero terminó allí.

En 1840 se hallaba en Cataluña cuando doña Maria Cristina se dirigia á Barcelona con sus hijas. Habia entonces gran efervescencia en el país con motivo de la ley de ayuntamientos. Espartero aconsejó á Cristina la destitucion del ministerio y que se negara la sancion real á la ley indicada, pero sus consejos no fueron seguidos. Entonces estalló en Madrid el pronunciamiento de 1.º de Setiembre, que se propagó rápidamente á las provincias.

Doña Maria Cristina renunció la regencia y partió al extranjero. Discutióse en las Córtes si la nueva regencia debia componerse de una ó de tres personas, y se decidió nombrar regente del reino á D. Baldomero Espartero.

Poco tiempo duró su regencia, que fué sin cesar combatida en la prensa y en las Córtes, por la sublevacion militar de Madrid y Pamplona en 1841, por la insurreccion de Barcelona en 1842 y por la coalicion progresista-moderada en 1843. Disueltas las Córtes, se alzaron contra Espartero las principales ciudades. Falto de energía y de tacto político perdió su causa; bombardeó inútilmente á Sevilla y tuvo al fin que refugiarse en un buque extranjero que le llevó á Inglaterra.

Digna de estudio es la vida política de nuestro héroe.

Llamado al poder supremo en un momento crítico en que se hallaban en peligro el trono de una niña, la existencia de la reina madre y la libertad de sus conciudadanos, salvó el trono, se colocó entre la rei-

na Gobernadora y el pueblo, y conservó religiosamente las instituciones liberales que le habian sido confiadas.

Regente único, ofreció á sus adversarios un puesto entre los consejeros de la nacion, y jamás impuso silencio á la prensa á pesar de verse abrumado de ataques y de calumnias. Su conducta para con los rebeldes de Octubre fué generosa, y si el rigor de la ley cortó la carrera del malogrado general Leon, culpa fué más de los consejeros de este jóven militar que del regente, que fué el primero en llorarle. Al reprimir con energía los disturbios de Barcelona, siguió el impulso de la indignacion que le causó la conducta de sus enemigos.

Por lo demás, ni una víctima hubo por su causa durante su regencia. Su fortuna permaneció siendo la misma mientras duró su poder, y cuando se vió en tierra extranjera, él que se habia oido apellidar Alteza, como un príncipe de sangre real, espermentó las necesidades materiales.

V.

Tres años despues de su emigracion á Inglaterra volvió á España, y retirándose de la vida política permaneció en Logroño hasta la revolucion de 1854.

No se crea, sin embargo, por eso, que entonces Espartero permaneció indiferente á los padecimientos de su patria.

Espartero seguia atentamente la marcha de los gobiernos que pesaban sobre su país; veia perfectamente á donde se arrastraba España; veia como se minaban los cimientos del trono constitucional que él habia consolidado en otro tiempo, y estaba seguro de que debia llegar el momento en que España se apartase rápidamente de la senda de perdicion en que marchaba.

Llegó en efecto la revolucion de Julio de 1854, y despues de la derrota del gobierno moderado apareció Espartero como el hombre de la situacion. Unido con el general O'Donnell, formó el ministerio liberal que debia defraudar todas las esperanzas de la revolucion, y que dió por resultado la reaccion de 1856.

Las Córtes Constituyentes discutieron las bases de una Constitucion, que no llegó á promulgarse, y la existencia de la monarquía. La cuestion religiosa se complicó con la ley de desamortizacion, y la crisis política con la cuestion de Hacienda. Bien pronto las Constituyentes se dividieron en dos grupos; los progresistas puros, que cifraban todas sus esperanzas en Es-

partero, y el centro parlamentario que dió origen á la *union liberal*.

El antagonismo de estos dos partidos resume la historia del bienio, y fué la causa de los acontecimientos que siguieron con motivo de la dimision de Escosura, ministro de la Gobernacion, exigida por el general O'Donnell; el ministerio en masa presentó su dimision y O'Donnell quedó encargado de la formacion de un nuevo ministerio.

La dimision de Espartero fué la señal de una insurreccion en Madrid, Zaragoza, Barcelona y otras provincias, pero que fué dominada en breve tiempo.

Desengañado de la vida política, el general Espartero se retiró á la vida privada con firme propósito de no mezclarse para nada, y mientras no peligrase la independencia de la patria, en los asuntos políticos de España, reconociendo, no solo su falta de tacto en estos asuntos, sino la injusticia de los hombres.

A su retiro de Logroño se acogió y allí tranquilo é indiferente á cuanto pasaba en España, dejó correr los dias de su vida en la tranquilidad de los placeres domésticos y en el olvido de todo lo pasado.

VI.

Existe entre Washington y Espartero una notable semejanza y muchos puntos de contacto en sus actos, carácter y aspiraciones.

Ambos han sido reservados en el poder, sóbrios en los compromisos, y en las empresas, y con firmeza han sostenido su palabra, sus derechos y sus designios.

Washington nunca esperó ni deseó mayor premio á sus esfuerzos, que el hacer partícipes á sus conciudadanos de los dulces beneficios de su gobierno probo y libre.

Tal ha sido siempre la aspiracion de Espartero. Mezclados ambos en los negocios, en una de esas ocasiones en que las naciones atraviesan crisis violentas y erizadas de peligros, ambos han convenido admirablemente en la situacion de su respectivo país. Mas ambicion por parte de Washington y hubiera conducido á América á la tiranía; mas ambicion por parte de Espartero y hubiera conducido á España á la anarquía.

Si en la vida privada buscamos entre estos dos grandes hombres puntos de contacto, los encontraremos tales, que maravilla tanta semejanza. La misma sencillez y generosidad, el mismo cariñoso afecto á sus amigos y aun á sus criados. Ambos recogidos en el

seno de su familia, como los antiguos patriarcas, ambos casados con mujeres tan modestas como buenas. El mismo amor al trabajo, la misma serenidad ante el peligro, el mismo horror á la lisonja.

Washington mostró una escensiva tolerancia en la formacion de un gabinete, pero una vez formado, impuso á su administracion una gran unidad de miras y de conducta.

Espartero demostró la misma tolerancia é iguales miras, y al general O'Donnell debió la destruccion de los patrióticos y liberales planes que hubiese desarrollado sin duda alguna.

Ambos han tocado la cúspide del poder y ambos han permanecido pobres, puros y honrados.

Tranquilo, pues, en su retiro de Logroño el duque de la Victoria, vió pasar uno á uno todos los gobiernos que, pesando sobre España y comprometiendo su dignidad y su honra, la llevaban á pasos agigantados hácia su descrédito y su ruina.

Estalla en Setiembre de 1868 la revolucion más notable de los tiempos modernos.

La union liberal y los marinos lanzan en Cádiz el grito de libertad, y á este grito responde unánime toda España.

La batalla de Alcolea sella con sangre la victoria de la revolucion, y una dinastía huye antes de ser destronada y cae sin que nadie la derribe.

España recobra su perdida libertad y la revolucion enarbola la bandera democrática.

El grito de *Abajo los Borbones* resuena en todos los ámbitos de España despues de la batalla de Alcolea.

Los iniciadores y héroes de la revolucion constituyen un Gobierno provisional, mientras el sufragio universal y las Córtes Constituyentes decidan de la suerte futura de España.

A pesar del rápido acrecentamiento y de la vigorosa propaganda del partido republicano, que fundado en las lecciones recibidas, no quiere más reyes en el dominio de España, el sufragio universal y los hombres del Gobierno provisional parecen decidirse por la forma monárquica, pero popular y democrática.

Varios candidatos se presentan á la codiciada corona vacante, y el nombre del duque de la Victoria aparece entre ellos.

Pero solo una pequeña fraccion del partido progresista, patrocina y defiende la candidatura del vencedor de Luchana.

¿Es acaso que el nombre del ilustre pacificador de España haya perdido su antiguo prestigio? No.

¿Acúsasele de indiferente á los males de su patria ó de su ventura? Tampoco.

La avanzada edad del general Espartero, su falta de hijos, su carácter débil, son obstáculos insuperables; y á la ventura de la patria debe posponerse el tributo de admiracion y gratitud que al ilustre vencedor de Morella se ha querido rendir al presentarle como candidato á la corona de España.

¿Hubiera sido conveniente en la situacion actual de España el triunfo de la candidatura de Espartero? Creemos que no. Antes al contrario, hubiera sido origen seguro de males y calamidades sin cuento. Su edad avanzada prometia solo una interinidad, al cabo de la que volverian á despertarse ambiciones y exigencias. Como paso á la república, como preparacion para el triunfo de esta forma de gobierno, hubiera sido conveniente, si esta solucion fuese la que conviniese á España; pero por hoy, fuerza es confesar que no está la nacion ni el pueblo en disposicion de regirse por esta forma de gobierno, cuyos ensayos en Europa han sido siempre desgraciados.

Hay otra causa poderosísima que hace tambien desastroso el triunfo de la candidatura de Espartero. Su débil carácter y su falta de tacto político.

Pero creemos inútiles todas cuantas consideraciones se hagan respecto á este asunto, pues hoy se ha abandonado por completo tal candidatura.

Nombrado diputado por Logroño y Zaragoza, ha renunciado tal honor, manifestando de un modo indudable su invariable propósito de no mezclarse para

nada en los asuntos políticos, y pasar tranquilo y retirado los últimos dias de su larga y gloriosa vida.

Desde las humildes columnas de nuestra obra enviamos un respetuoso saludo al Cincinato español, la figura más noble y grande de nuestra historia contemporánea.

Terminaremos esta biografía con un documento interesante. La carta en que D. Baldomero Espartero hace renuncia de su cargo de diputado.

Dice así:

«He recibido la certificacion del acta que V. S. se sirve dirigirme con su atento oficio fecha de ayer, y agradezco en lo más hondo de mi corazon la alta honra que he merecido á los electores de la provincia de Logroño; pero no puedo aceptar el cargo de diputado á Córtes que generosamente me han otorgado, tanto por circunstancias personales de todos conocidas, cuanto porque deseoso siempre de que se exprese libérrimamente la voluntad nacional, y se cumpla como lo exigen hoy los mas vitales intereses de la patria, no quiero que, ni aun por nadie pueda creerse, que mi personal parecer haya podido influir para hacer inclinar la balanza de la opinion, que debe funcionar libremente, sin que ninguna influencia estraña venga á pesar sobre el ánimo de los representantes del pueblo, inspirándose estos tan solo, al emitir sus votos, en las consideraciones del más elevado patriotismo. Reitero mi más sincero agradecimiento á los electores que tanto me han honrado con sus sufragios. Dios guarde á V. S. muchos años. Logroño 31 de Enero de 1869.—BALDOMERO ESPARTERO.—Sr. D. Ferrico Villalba, gobernador civil de esta provincia.—Es copia.»

D. BLAS PIERRAD.

Uno de los más visibles resultados de la revolución de Setiembre de 1868, ha sido el rápido crecimiento, el extraordinario desarrollo y la inesperada prepotencia del partido republicano en España.

Ha pocos años, y causa quizás del estado de opresión que ahogaba todo sentimiento, el partido liberal reconocía en su seno como la fracción más avanzada á la democracia.

Se comprendían y aceptaban las doctrinas todas del catecismo republicano; pero la monarquía había echado tan hondas raíces en nuestro suelo, que pocos eran los que pensaban en la destrucción del trono y en su sustitución por la forma puramente republicana. Contentábase la opinión conservando en el trono á la familia que le ocupaba, siempre que se rodease de personas que dieran á España las libertades, garantías y derechos consignados en el credo democrático.

Fué siempre España país monárquico por excelencia, y amante, á veces con exageración, de sus reyes; y uníase á esto la idea que generalmente se tenía de la república; origen para muchos de desórdenes y anarquías, de venganzas y terribles justicias, y para otros delicioso ensueño irrealizable en España por sus condiciones especiales y la falta de instrucción que desgraciadamente tenía el pueblo.

Desde el año 1854 empezó á germinar la idea republicana, y elocuentes apóstoles, oradores distinguidos y escritores de talento fueron poco á poco di-

fundiendo sus doctrinas y adquiriendo prosélitos; pero nunca se creyó que el partido republicano fuese tan numeroso como hoy se manifiesta, y el partido avanzado tomó el nombre de democracia.

Mas la conducta de la persona que ocupaba el trono español, sus vicios y debilidades, sus desaciertos y faltas, su fanatismo y ceguera, hicieron que ante los ojos del pueblo perdiese el trono algo de aquel brillo que tanto deslumbraba, y cuyos resplandores ofuscaban la vista de quien quería fijarse en él cara á cara.

Llevado á un fatal extremo el abandono y la tiranía de los que rodeaban el trono, sumida España en un lastimoso estado, caminando rápidamente hácia su ruina y su descrédito, oprimido el pueblo, amordazada la prensa, fanatizadas las conciencias, escatimada la instrucción y pesando sobre el país un vergonzoso y pesado yugo; el comprimido torrente rompió sus diques, y saltando por todos los obstáculos que á su rápida carrera se oponían arrolló todas las barreras; y libre el pueblo trató de asegurar esta libertad conquistada á costa de tantos sufrimientos, de tantas lágrimas y sangre.

Tal vez, al lanzar en Cádiz el grito de libertad, se pensó únicamente en derrocar la situación creada por los fatales hombres que rodeaban al trono; tal vez la idea primera fué un cambio radical de ministerio, y quizás no se pensara en destronar á doña Isabel II, ó todo lo más solo se hubiera exigido una abdicación y

un consejo de regencia formado por los partidos que juntos hicieron la revolucion.

Pero, sin embargo, roto violenta y rápidamente el dique; libre el pueblo del yugo opresor; respirando con loco frenesí el aura de libertad de que tanto tiempo se habia visto privado; fugitiva la familia que ocupaba el trono, y adoptado por las Juntas unánimemente el programa de *La Discusion*, presentóse potente y vigoroso el partido republicano.

Si la cuestion de forma de Gobierno se hubiera resuelto en los mismos dias, si los vencedores, al ver la conducta de la familia de doña Isabel hubieran presentado entonces la persona que debiera ocupar el trono vacante, el engrandecimiento del partido republicano no hubiese sido tan rápido.

Pero formado un Gobierno provisional, libre la prensa, libres los ciudadanos, sobreexcitada la opinion pública y recientes las faltas y desaciertos del último monarca, el partido republicano fué tomando grandes proporciones, y su vigorosa y tenaz propaganda, su union en las cuestiones esenciales y la energía desplegada por sus apóstoles, le hicieron en breve poderoso y temible. Tenia oradores y publicistas distinguidos entre sus jefes reconocidos, pero necesitaba generales, y D. Blas Pierrad, hombre de enérgico temple, de indomable valor, de gran corazon y de ideas muy avanzadas, figuró entre los jefes del partido republicano. Notable figura que vino á aumentar el prestigio creciente que el partido republicano iba conquistando en toda España.

Tracemos la biografía de este hombre ilustre, en quien el partido republicano ve una de sus más legítimas esperanzas.

D. Blas Pierrad, hijo de D. Santiago Pierrad, de nacion francés, y de doña Teresa Antonia Alcedar y Estrada, de nacion española, nació en *Semur*, departamento de la *Côte d'or*, en Francia, hallándose su padre, que habia servido en el ejército español, prisionero de los franceses, en tiempo de la gloriosa guerra de la Independencia.

D. Blas Pierrad, teniendo á su lado tan gran modelo de valor, sintió desde sus primeros años una viva inclinacion á la carrera de las armas. Su padre era brigadier y su hoja de servicios era el mejor título de nobleza que un militar puede apetecer. A los grandes servicios que este valiente militar prestó en aquella titánica lucha con el capitán del siglo, debió que, á pesar de su corta edad, se le concediesen los cordones de cadete en el regimiento de caballería de Alcántara.

No abandonó por la carrera militar sus estudios y su esmerada educacion, y al cuidado de un tío suyo, canónigo de la catedral de Reinosa, completó su educacion en aquella ciudad.

El día 4 de Noviembre de 1825, fué uno de los dias más felices del jóven Pierrad, pues vistió por vez primera el glorioso uniforme del ejército español, ingresando como granadero de distincion en el regimiento de caballería que mandaba su padre. Poco despues fué nombrado alférez de la Guardia real sin sueldo ni antigüedad, y el 7 de Diciembre de 1830 obtuvo el grado de capitán con la antigüedad del 10 de Octubre.

Aquí empieza la carrera militar de D. Blas Pierrad, que pronto debia recibir su bautismo de fuego.

El 4 de Octubre de 1833 salió con el escuadron que marchó contra los primeros carlistas que se levantaron en Talavera de la Reina.

Durante los primeros años de la guerra civil permaneció de guarnicion en Madrid, hasta fines de Julio de 1836, en cuya fecha salió en persecucion de las fuerzas carlistas de Castilla y Andalucía. En esta campaña dió pruebas de ese arrojo y valor sereno que siempre le ha distinguido. En la noche del 28 de Noviembre del mismo año, se halló en la accion de Alcaudete, y llevó á cabo un arriesgado y glorioso hecho de armas, penetrando de sorpresa en aquel pueblo con la vanguardia de que formaba parte.

Despues de la accion de Alcaudete, en que tanto se distinguió, fué ascendido á capitán de la Guardia real, grado que ya le correspondia por rigurosa antigüedad, y fué destinado al regimiento de cazadores á caballo, marchando á reunirse con el ejército del Norte. Pronto volvió á batirse y dar pruebas de su valor en la accion de Oteiza, en la que mandaba la línea de guerrillas, y donde estuvo espuesta su vida en varias ocasiones.

En las sangrientas batallas de Huesca y Barbastro, D. Blas Pierrad tomó una parte honrosísima, cubriendo en la primera con el escuadron de su mando la extrema izquierda de la reducida línea del ejército, salvando para ello las cercas y acequias de las huertas, sufriendo el fuego á menos de medio tiro de fusil de las numerosas guerrillas de la infantería carlista, que le causó la baja de la mitad de su fuerza, y recibiendo él mismo en su propio caballo y equipo diferentes balazos; pero salvó al ejército liberal, teniendo la gloria de que por aquella parte no pudiera ser envuelta el ala izquierda del ejército. Dispuesta la retirada general de las tropas, Pierrad fué escalonando la escasa

fuerza que de su escuadron le quedaba, y en este difícil movimiento, desmontado, herido y casi envuelto por la caballería enemiga, tuvo serenidad para coger un caballo y cargar repetidas veces al enemigo con brillante éxito, á pesar de la inmensa superioridad de las fuerzas carlistas, en las que hizo numerosas bajas y con las que se batió cuerpo á cuerpo.

En recompensa de su valor fué ascendido con general aplauso al grado de teniente coronel.

Con singular arrojo se portó el Sr. Pierrad en la batalla de Barbastro. Roto el fuego por las avanzadas isabelinas, recibió Pierrad orden de avanzar para sostener las del centro. Empeñada la accion por la derecha, se le mandó trasladarse á dicho punto, lo que verificó situándose á la vanguardia de la Guardia real. Entonces Pierrad, recibiendo la orden de cargar de frente, se precipitó sobre dos escuadrones enemigos, arrollándolos, destruyéndolos y causándoles una pérdida considerable de hombres y caballos, persiguiéndolos en su huida hasta las puertas mismas de la ciudad de Barbastro. En una de estas cargas recibió Pierrad un balazo en el hombro, lo cual, unido á las otras heridas recibidas en la batalla de Huesca, le hizo caer sin sentido, y casi moribundo lo sacaron del campo, llevándolo al hospital de sangre, y luego á Zaragoza.

Desde entonces, hasta la conclusion de la guerra civil, Pierrad permaneció en Madrid imposibilitado de continuar la campaña á causa de su herida.

Curado ya, salió en Octubre de 1841 con el segundo regimiento de la Guardia á las provincias del Norte á combatir la insurreccion militar que allí habia estallado.

Extinguida la Guardia real en Diciembre, pasó á continuar sus servicios al de la Reina, 2.º de caballería. En 12 de Febrero de 1842 fué nombrado teniente coronel de caballería, y en 1844 salió para Pamplona á encargarse del mando accidental del regimiento de Almansa, 3.º de caballería, cuyo mando ejerció hasta el año 1845 en que se trasladó á Madrid.

En Agosto de 1848 fué nombrado coronel del regimiento de Farnesio, pasó á Búrgos, de donde salió al año siguiente para Valladolid: en 1852 cesó en el mando del regimiento de Farnesio y pasó al regimien-

to de carabineros de la Reina, ascendiendo á brigadier por rigurosa antigüedad en 1853.

Al frente del regimiento de la Reina se hallaba en Madrid cuando ocurrieron los sucesos de 1856. Nombrado gobernador militar y segundo cabo de Castilla la Nueva, prestó importantes servicios al gobierno del general O'Donnell en los dias aciagos del mes de Julio. A su cargo estuvo el ataque del importante puesto de la plazuela de las Córtes. El dia 16 se batió con su columna en las calles de Carretas, Atocha, Relatores y plaza del Progreso, cuyas barricadas fueron tomadas á pecho descubierto, perdiendo, en verdad, bastantes soldados, pero causando tambien grandes pérdidas en los combatientes del pueblo. Pierrad marchó siempre al frente de sus tropas, y acudió á los sitios de más peligro.

En recompensa de estos servicios fué ascendido á mariscal de campo por real decreto de 18 de Julio.

Conocida es de todos la historia de los sucesos del 22 de Junio de 1866, que establecieron en España la dominacion moderada destruida en 1868. Pierrad, al frente de la insurreccion, luchó como un valiente, pero la insurreccion fué vencida y su jefe, perseguido y fugitivo, tuvo que atravesar los Pirineos y refugiarse en Francia. No ha muchos dias, una lámina que profusamente circuló por Madrid, representaba uno de los episodios que honran á Pierrad, durante su marcha por las escabrosas vertientes de los Pirineos. Su ayudante, que le acompañaba herido, estenuado y con los pies destrozados, no podia ya dar un paso más. Pierrad no vacila, coge á su ayudante, lo sube sobre sus hombros, y cargado con él sigue por aquellas escabrosas peñas su penosa marcha. Rasgo es, en efecto, digno del pincel y de la pluma; pero de estas nobles acciones está llena la vida militar de D. Blas Pierrad.

En Francia permaneció trabajando por la causa revolucionaria, hasta que el alzamiento de Setiembre le abrió las puertas de la patria.

Ronda le ha elegido diputado. Hoy la noble figura del general republicano descuella en las Córtes por su venerable presencia, y no dudamos que prestará grandes servicios á la causa de la libertad, de la que se muestra ardiente defensor.

D. EUGENIO GARCÍA RUIZ.

Hombres políticos como el de que ahora nos vamos á ocupar, honran á la patria y al partido á que pertenecen. Ostentando una historia pura y sin mancha, dedicando su vida entera al culto de sus ideas y al cumplimiento de su deber, mostrando siempre, al par que entereza y fé en la observancia de sus doctrinas políticas, la más recta imparcialidad y la más noble tolerancia, sacrificando su salud y sus intereses al triunfo de su causa y mostrando siempre la más ejemplar consecuencia política; D. Eugenio García Ruiz es, sin disputa, uno de los más dignos diputados republicanos que hoy toman asiento en la Cámara popular.

En García Ruiz no se encuentra la intransigencia y exclusivismo, la exageracion y pesimismo de que algunos correligionarios suyos hacen alarde, perjudicando así notablemente á la causa que defienden. En García Ruiz solo se ve la fé en sus doctrinas, dominando su corazon, la defensa de sus doctrinas robustecida con su talento y su ejemplar vida política. Es republicano de corazon, pero, es español antes que republicano. ¿Quereis oir hablar al hijo del pueblo, al defensor de los derechos del pueblo, y al republicano digno de aprecio y respeto? Escuchad sus mismas palabras, su profesion de fé:

«Soy republicano (dice García Ruiz en su manifiesto á los electores), y por lo tanto, quiero la República democrática, esto es, *descentralizadora*, pero no anárquica, como forma de gobierno para mi patria; mas, quiero la República con republicanos de corazon,

no con republicanos hijos de las circunstancias del momento, que la abandonen en el dia del peligro, para que sobre sus ruinas ensangrentadas se levante la más infame y bárbara dictadura. Hemos logrado para el pueblo el Sufragio universal: pues yo deseo que salga de este sufragio, LIBREMENTE EMITIDO, la forma republicana, y así el país, que creará la República, la sabrá sostener contra sus enemigos propios y extraños. Si otra cosa decreta el voto soberano del pueblo, inclinaré ante él mi cabeza y le acataré, porque ese será mi deber.»

Esta profesion de fé y las patrióticas palabras con que la termina, bastan para hacer el elogio del diputado republicano.

Examinemos ahora su vida política.

En Agosto de 1835, un jóven estudiante de leyes de la Universidad de Palencia abandonaba momentáneamente sus estudios, y empuñando las armas, salió capitaneando una pequeña fuerza de milicianos nacionales en persecucion de los carlistas que habian aparecido en su provincia. Era D. Eugenio García Ruiz. La situacion por que atravesaba su amada patria habia conmovido el entusiasta corazon del jóven estudiante. D. Carlos habia enarbolado la negra bandera del absolutismo. El fanatismo corroia gran parte del pueblo español; desde el interior de los conventos se propagaba la agitacion en las aldeas, y el tribunal de la penitencia y el púlpito, profanados inicuaamente, transformábanse en focos de conspiracion, y seducian á las gentes sencillas haciendo de ellos dóciles solda-

dos al grito de ¡viva la religion! Por desgracia la voz del fanatismo era escuchada, y gran número de españoles, más dignos de compasion que de censura, pues obedecian á la voz de su conciencia mal dirigida por los que debian velar por ella, se precipitaban á seguir las huellas de los agentes de D. Carlos. Hubo un momento (semejante quizás al que hoy atravesamos) en que la Europa dudó del porvenir de España; tal era la vacilacion de sus destinos; pero esa gran duda que la agitaba y que la Europa calificaba como un síntoma de muerte, era un signo de regeneracion. Cuando los pueblos se conmueven por una causa cualquiera, los tronos podrán sufrir, las naciones nunca.

Los dulces ecos de libertad mecieron la infancia de García Ruiz, y jóven aun juró dedicar su vida entera á la defensa de tan noble causa, y este juramento lo ha cumplido fielmente. Los carlistas proporcionaban abundantes ocasiones á la juventud liberal para distinguirse y mostrar su valor y patriotismo.

En 1836, García Ruiz y 200 estudiantes más, bajo las órdenes de su catedrático D. Claudio Moyano, salieron de Palencia con alguna tropa y los nacionales de aquella ciudad en persecucion del canónigo Batanero, que bajó de la sierra de Soria á los límites de las provincias de Valladolid, Búrgos y Palencia. Despues de ocho dias de penosas marchas y de ahuyentar á los enemigos, volvieron á la capital de Castilla, en la cual se formó, sirviendo de núcleo los 200 estudiantes, el célebre *batallon de Minerva*, que duró hasta el año de 1839.

Durante la Semana Santa de 1838, el conde de Negri se presentó en las alturas de San Isidro á las puertas mismas de Valladolid al frente de una division carlista de unos 4.000 hombres, intimando la rendicion de la ciudad. Pero en Valladolid dominaba el espíritu liberal, y en Valladolid se hallaba el *batallon de Minerva*. La ciudad se puso en armas, los estudiantes de la Minerva, mandados por D. Claudio Moyano, ocuparon su puesto junto á la puerta de Tudela, á vista de los carlistas, y estos, con su comandante Negri, en vista de la actitud amenazadora de la ciudad, y de la decision y apostura de aquel entusiasta grupo de valientes estudiantes, se retiraron camino de Palencia y Sahagun, cerca de cuya última villa fueron derrotados completamente por las tropas liberales.

Siguió García Ruiz sus estudios en Valladolid, en cuya Universidad recibió el título de abogado y de doctor en leyes en 1840. El pronunciamiento de Setiembre, en el que tomó una parte muy activa, le presentó á sus compatriotas como hombre político, y

afiliándose en el partido avanzado, entró en la vida pública activa cuando apenas tenia veintiun años. A consecuencia de aquellos sucesos, fué nombrado secretario de la diputacion provincial de Palencia, cargo que aceptó únicamente por ser útil á sus amigos y servir á su provincia, pues la independencia de su carácter hace que García Ruiz haya sido siempre poco afecto á ejercer empleos de ninguna especie. Pero cuando la reaccion se apoderó del país en 1844, el jóven secretario hizo dimision de su destino, á pesar de las reiteradas instancias de sus amigos, y renunció las ofertas que se le hicieron de nombrarle juez ó jefe político de aquella provincia.

Retiróse á su pueblo natal, donde entregado á estudios literarios y políticos, y trabajando además por la causa de la libertad, permaneció hasta 1853 en que se trasladó á Madrid.

Durante el tiempo de su retiro, García Ruiz tuvo mil ocasiones de labrar su fortuna y quizás su suerte, y despreció honores, empleos y consideraciones que sus mismos adversarios le ofrecian, prefiriendo conservar pura y sin mancha su vida política, y permaneciendo fiel á la conducta que en su noble alma se habia trazado.

Llegó el año 1854 y con él aquella revolucion que, regeneradora en su origen y brindando venturoso porvenir para España, fué desviada del camino que debiera haber seguido, y tuvo por consecuencia una violenta reaccion y la vuelta al poder del partido moderado. García Ruiz, como es natural, tomó una parte muy activa en esta revolucion, en la que veia ocasion propicia para la realizacion de sus sueños de ventura para su patria.

Ardiente y lleno de entusiasmo combatió á los perjuros, animó á los tímidos y trató por todos los medios posibles de asegurar el triunfo de sus ideas. Elegido diputado por la provincia de Palencia y redactando el periódico *La Asociacion*, defendió en la Cámara sus doctrinas con su enérgica voz, y en el periódico con su elocuente pluma. Seguido de muy pocos diputados votó contra el trono de Isabel II, votó la libertad de cultos y defendió con valor y constancia todos los principios liberales.

Su lucha fué noble, pero estaba casi solo, y en combate tan desigual fué vencido. Sereno, aunque indignado, presenció el fin de aquella revolucion que tantas esperanzas habia despertado en él y que tal decepcion habia llevado á su alma; y en 1856, fiel como siempre en su puesto de honor, fué uno de los siete diputados que presentaron las tres proposiciones encami-